

LIBRO dot .com

# GRITTLI

Una historia para los niños y sus amigos

---

Juana Spyri



Digitalizado por **LIBRO dot .com**  
<http://www.librodot.com>

# PARTE PRIMERA

## CAPÍTULO 1 EN UNA CASA DE CAMPO JUNTO AL RIN

El sol de junio resplandecía bajo la hermosa casa de piedra y sobre sus muros trepaban las rosas en apretados haces, exhalando una dulce y penetrante fragancia con sus rojos pétalos que se acababan de abrir por primera vez. Acrecentaba ese ambiente perfumado el aroma que la fresca brisa matinal traía del jardín densamente poblado, penetrando en la casa a través de las ventanas abiertas. Situada en el centro de este amplio jardín, una espaciosa fuente arrojaba un chorro de agua que se elevaba a gran altura para luego caer sobre la centelleante superficie. Mariposas multicolores revoloteaban en bandadas por el aire azulado, posándose aquí y allá en las fragantes flores, y en todas las ramas de tupido follaje que proyectaban por doquier su sombra, sobre estatuas antiguas o apartados lugares. Los pájaros cantaban y trinaban, meciéndose alegres en las alturas.

Junto a una de las altas ventanas de la casa estaba sentada una niña de pálido rostro contemplando la brillante mañana, pero no podía gozar de la fragancia del jardín, pues la ventana estaba cerrada. Con ojos ansiosos admiraba a través de los altos vidrios las flores esplendorosas y más allá las resplandecientes olas del Rin que al final del jardín, donde bajaba la terraza, bañaba con sus verdes aguas las inclinadas ramas de los viejos tilos, para luego seguir su curso majestuoso. Desde la ventana podían verse todavía las frondosas copas de los árboles que se hallaban junto al río, pero la vista no alcanzaba un banco de piedra ubicado en la fresca sombra desde el cual se contemplaban las verdes olas. El techo acogedor estaba formado por viejas ramas cubiertas de hojas que luego bajaban hasta hundirse en el agua y se dejaban llevar un trecho por la corriente. Era un lugar de singular encanto y nada más ameno que pasar allí una tarde soleada para soñar despierto y seguir con los ojos el movimiento de las olas. Bien parecía saberlo la pálida niña, pues su mirada quedó fija en aquel lugar y cobró por momentos una expresión más ansiosa.

-Oh, mamá -dijo con voz suplicante-. ¿No puedo bajar pronto al jardín? ¿Podré ir hoy hasta el banco que está debajo de los tilos?

Hacía una hora ya que la madre había conducido a su hija enferma a su lugar predilecto junto a la ventana, y durante todo este tiempo apenas había

apartado su angustiosa mirada de la carita descolorida que con sus dos grandes ojos contemplaba tan ansiosa el soleado jardín.

-Hija mía -dijo con solícita ternura-. Ya lo sabes. Por la mañana sueles fatigarte demasiado; esperemos el atardecer, y tal vez podremos bajar hasta el Rin. ¿Estás conforme?

-Ah, sí -suspiró la niña, y volvió a mirar silenciosa las flores que brillaban al sol y las copas de los árboles que se mecían suavemente.

-Mamá, qué hermoso es todo esto; ¿no podríamos salir ahora? -rogó la niña al cabo de un rato, y tan grande . fue el deseo que reflejaban sus ojos al seguir el movimiento de las olas luminiscentes allá lejos, que la madre no pudo resistir más y se levantó. En ese momento entró en la habitación una mujer de edad madura y de aspecto tan aliñado y ordenado que hubiera podido pensarse que no tenía otra ocupación que la de mantener en perfecto estado el peinado de sus hermosos cabellos grises, coronados por una toquilla de impecable blancura y su vestido sencillo pero inobjetable; pero, la verdad era que debía gobernar y regir la casa con toda su servidumbre. Apenas hubo entrado, madre e hija la saludaron a coro:

-¡Oh, Clarisa, qué suerte que hayas venido!

Ambas a la vez expusieron sus ideas, la madre temerosa y preocupada de si no sería un riesgo excesivo hacer un paseo por el jardín, y la hijita pidiendo a voces el consentimiento de Clarisa. La vieja Clarisa era un personaje importante, y todos los habitantes de la casa, comenzando por la dueña y acabando con el chico de los mandados, iban a ella en busca de consejo y auxilio, en cualquier necesidad o apuro. Quienquiera miraba alguna vez los amables y bondadosos ojos de la vieja Clarisa, no podía menos que confiar en ella, pues éstos irradiaban afecto maternal.

-Clarisa. Di que podemos salir -insistió la niña enferma.

-Querida señora de Stanhope -dijo Clarisa, dirigiéndose a la madre-. ¿Y si hiciéramos la prueba? El aire es muy agradable y todos los pájaros están encantados como si nos invitaran a salir.

-Bueno, si te parece, Clarisa, vamos a correr el riesgo -consintió la madre. Llamaron a Federico, criado de la casa desde tiempos inmemoriales, para que llevara en brazos a la niña enferma, escalera abajo, a fin de que no llegase al jardín ya completamente exhausta, pues sus fuerzas se agotaban fácilmente. Abajo, las dos mujeres sirvieron de apoyo a la niña y comenzaron a recorrer el jardín. Los pájaros trinaban desde todas las ramas, las rosas exhalaban su fragancia y bandadas de mariposas de todos colores aleteaban por todas partes.

-¿Te sientes bien aquí, Nora? -preguntó solícita la madre.

-Oh, sí -respondió la niña- pero me gustaría tanto bajar hasta el banco de piedra y ver cómo las ramas de los tilos se bañan en el agua.

Luego, continuaron bajando por una extensión cubierta de césped hasta llegar a los viejos tilos y el banco de piedra oculto por las ramas, las cuales se inclinaban profundamente y mecían sus extremos en las olas. Los tilos

estaban en flor y llenaban el ambiente con su dulce aroma. Nora se sentó en el banco y contempló silenciosa las ramas en el agua y las olas que pasaban de prisa.

-Oh, si yo también pudiera correr como las olas, mamá; pero siempre estoy fatigada. Quisiera poder saltar también tan ágilmente y cantar tan alegremente como los pájaros allá arriba en los tilos. Es tan hermoso esto, pero siempre estoy cansada.

-Hija querida -la consolaba la madre-, verás que con el tiempo estarás mejor -pero al decir esto daba la impresión de que necesitaba más que nadie del consuelo que trataba de dar-. Hoy viene también el médico, y le vamos a preguntar qué debemos hacer este verano para fortificar tu salud. Pero ahora creo que hemos de volver a casa. ¿Nora, qué te sucede?

Nora aseguró que sólo se sentía fatigada, y ésta era la verdad de siempre. Después de cualquier gran esfuerzo, su carita ya tan blanca empalidecía más todavía. A duras penas, pudo llegar hasta la casa donde Federico la llevó en brazos por las escaleras depositándola en un sofá. Allí permaneció un rato callada y quieta, para descansar.

Hacia el mediodía, llegó el médico. Después de escuchar el detallado informe de la madre sobre la creciente debilidad de su hijita, declaró que se imponía un cambio de aire, trasladándola a las montañas por todo el verano. Luego de reflexionar un rato el médico dijo que le iba a escribir a un compañero de estudios radicado en Suiza, para consultarle acerca del lugar más indicado, pues no debía elegirse una altura excesiva para la joven paciente. Apenas le hubiese llegado la respuesta de su amigo, volvería para poner al tanto a la señora de Stanhope. Luego, después de saludar, el médico se despidió.

Al caer la tarde, Nora ocupaba nuevamente su sillón junto a la ventana y miraba hacia afuera, silenciosa y con mirada cansada. El sol al ponerse doraba el verde césped, iluminando las hojas de los rosales que aquí y allá eran alcanzadas por la luz. La vieja Clarisa se hallaba a su lado y sus ojos se levantaban de tiempo en tiempo de su trabajo para seguir la mirada de la niña enferma.

-Clarisa -dijo Nora-, ¡vuelve a recitar la vieja canción del paraíso!

Clarisa dejó a un lado su labor:

-Algún día, cuando te sientas mejor, la cantaremos juntas, ahora sólo la voy a recitar.

Y cruzando las manos comenzó:

*Un río de agua cristalina y pura  
Riega un vergel de eterna lozanía,  
Y de los tiernos lirios la blancura  
Mezcla con la fragancia su alegría.*

*Refleja el sol en llameantes rosas  
Dorada luz con celestial hechizo;  
Aves canoras trinan jubilosas:  
¡Salud y amor: esto es el paraíso!*

*Suaves vientos prodigan sus caricias  
Sobre caminos bellos y floridos,  
Hombres dichosos que se dan albricias  
Se salen al encuentro conmovidos.*

*Un sueño les parece tal belleza  
Con júbilo el amigo es saludado;  
Quedó allá abajo el mundo de tristeza  
Y al reino de los cielos han llegado.*

*En las regiones bienaventuradas  
Discurren sin pesares ni amargura,  
Sus lágrimas se vieron enjugadas  
Y los inunda la alegría pura.*

Cuando Clarisa terminó de recitarlo, reinó el silencio en la habitación; Nora parecía absorta en sus pensamientos.

-Clarisa -dijo al cabo de un rato-, esto es tan hermoso que siento ganas de irme.

-Vete con alegría, hija mía, vete con alegría -dijo Clarisa con lágrimas de gozo en los ojos-, entonces también tú caminarás alborozada entre bellas flores y cantarás:

*Sus lágrimas se vieron enjugadas  
Y los inunda la alegría pura.*

Y nosotras te seguiremos pronto; primero yo y luego tu mamá.

En ese instante entró la madre. Clarisa calló, porque sabía de sobra que la señora de Stanhope no se resignaba a la idea de que Nora pudiese abandonarla para irse al cielo; mas ahora había escuchado demasiado bien las últimas palabras y miró a su hija con renovada angustia. Hallándola tan descolorida y fatigada, ordenó que se la acostase de inmediato, y así se hizo.

Cuando muy entrada la noche la madre estuvo sola con su vieja amiga, comenzó a preguntarle preocupada qué motivos tenía para hablar con Nora de semejante manera; pues, al fin y al cabo, la niña no estaba en tan grave estado como para pensar. en lo peor.

-Nora me había pedido que recitase aquella vieja canción -contestó Clarisa-, y usted, querida señora de Stanhope, permítame que le diga una cosa: si nuestra bienamada hija tuviese que seguir viviendo en medio de tanta soledad' y tan falta de fuerzas, ¿qué le depararía la vida? Ni el menor de todos los bienes y riquezas que la rodean le proporciona gozo alguno, ni siquiera puede disfrutar de un corto paseo por el hermoso jardín; la vida se transforma en dolor y sufrimiento. ¿Por qué no debemos desearle el retorno allá donde no existen los pesares ni el dolor?

-No te quiero escuchar, Clarisa, no puedo sufrirlo ni pensarlo siquiera; no ha de ser así. ¿Acaso no puede todo tomar un giro favorable y volverle las fuerzas a nuestra Nora? -exclamó la madre, y estos pensamientos la alteraron de tal manera que no pudo seguir hablando. Se retiró y también la fiel Clarisa se fue apesadumbrada a su alcoba.

Poco después, la hermosa casa quedó silenciosa y oscurecida en medio del magnífico jardín. Desde arriba la iluminaba la luna, y quien veía los altos y blancos pilares brillando entre los árboles, pensaba sin duda: "¡Qué esplendor debe reinar tras estos muros!", pues, el sufrimiento que había allí dentro no podía verlo nadie.

La señora de Stanhope habitaba la casa de sus padres junto al Rin. Casada de muy jovencita en Inglaterra, había perdido muy pronto a su marido, y al poco tiempo había vuelto a la casa de sus padres, la cual se hallaba solitaria y abandonada por la muerte de sus progenitores, de los que era hija única. Llevaba consigo a sus dos hijos pequeños, el agraciado Filo, de ojos oscuros, y la esbelta Nora, con sus rubios rizados. La fiel Clarisa, que ya había sido el ángel bueno de su niñez, la había acompañado por todas partes, primero ayudándole como una madre, en un país extraño, para hacer frente a todo lo nuevo y desconocido que éste le deparaba, y luego como ama de casa e institutriz de los niños. Varios años habían pasado de esta manera en esta hermosa casa de campo sin que la familia pudiese gozar de una alegría pura sin mezcla de amargura, a causa de la precaria salud de los niños. Hacía dos años que la casa había quedado enlutada, cuando el agraciado Filo había cerrado para siempre sus alegres ojos oscuros. Ahora descansaba en el jardín bajo las rosas blancas, junto a los viejos tilos. Filo era un año mayor que Nora, quien tenía, ahora, diez años cumplidos.

Habría pasado algo más de una semana, cuando volvió el médico; ya había recibido la información pedida. Su amigo vivía en una región montañosa rodeada de bosques y con un clima saludable; se iba a ocupar de encontrar el alojamiento donde la señora de Stanhope con su hija podrían pasar el verano, y decía estar seguro de que encontraría una casa adecuada para ellas. La señora podía emprender el viaje cuando quisiese; no tenía más

que presentarse en la casa del médico y hallaría todo dispuesto para recibirla.

Inmediatamente se iniciaron los preparativos para el viaje. Clarisa debía quedarse para administrar la casa; sólo una joven sirvienta viajaría con madre e hija, las cuales ocho días más tarde ya estaban sentadas en el coche para emprender el viaje a Suiza, acompañadas de mil augurios que Clarisa repitió sin cesar hasta que las ruedas comenzaron a rodar. Entonces, Clarisa enjugó las lágrimas que no había podido reprimir. Con las manos juntas volvió a entrar en la casa desierta mientras murmuraba:

*Sus lágrimas se vieron enjugadas  
Y los inunda la alegría pura.*

## **CAPÍTULO 2 EN LA CASA DEL MEDICO**

Los últimos rayos del sol iluminaban las tiernas hojas frescas de las hortalizas plantadas hacía poco que asomaban sus cabecitas en dos grandes bancales junto al jardín, donde constituían el orgullo de la dueña de casa. Aunque ella gozaba más entre tantas fragantes florecitas como ¡as que perfumaban el vergel, terminaba siempre su inspección con una mirada protectora hacia esas plantitas que ella había plantada con su propia mano y cuidado con esmero desde el primer día. El estado de la coliflor parecía este año particularmente promisorio, pues la propietaria del huerto pasaba revista a la joven plantación con especial complacencia; frescas e inmaculadas se tendían las filas y por ningún lado aparecían los signos de las funestas orugas.

-¡Buenas tardes, señora doctora! -dijo una voz desde el cerco. Así solía llamar la gente del lugar a la señora del médico, siguiendo la usanza del país, aunque el doctor, en realidad, era sólo el médico. Los bancales estaban separados del camino por un seto, y desde ahí la voz siguió diciendo:

-Siempre tiene usted las mejores hortalizas. ¡Bien se ve quién las cuida!

La señora doctora se adelantó ahora hasta el seto, por encima del cual, Heiri, el jornalero, le tendía su mano callosa, pues era un viejo conocido y se sabía con derecho a un buen apretón de manos. Junto con la señora doctora había ido a la escuela, y muchas veces había acudido a ella en busca de consuelo y consejo.

Ella devolvió su saludo con amabilidad, y preguntó solícita:

-¿Cómo le va, Heiri? ¿Siempre mucho trabajo? ¿Y en casa están todos bien, su mujer y los hijos?

-Sí, sí, gracias a Dios -respondió Heiri dejando las pesadas herramientas en el suelo-. Trabajo hay de sobra; esto aquí tengo que llevarlo todavía al herrero. Pero hay que trabajar mucho, porque la familia está siempre

creciendo.

-Vuestros muchachos tienen buen aspecto, ayer los he visto juntos con Elsita -prosiguió la señora doctora con interés-, pero ella está muy pálida y parece frágil. Espero, Heiri, que usted no olvide de qué enfermedad murió la madre de Elsita. La niña no debe hacer esfuerzos demasiado grandes, es muy débil, y menos ahora que está en el período del mayor crecimiento. Debe cuidarla a tiempo, Heiri, ya sabe usted qué pronto se marchita una vida joven.

-Sí, sí, bien lo sé, y no creo que lo olvidaré fácilmente. ¡Ay, cuando pienso lo joven que murió Grittli! Margarita es una buena mujer y fiel esposa, pero a Grittli nunca la voy a olvidar -y Heiri se enjugaba algunas lágrimas furtivas.

A la bondadosa doctora también se le humedecieron los ojos:

-Yo tampoco la olvido, Heiri; ¡qué no hubiera dado la pobre Grittli por quedar todavía un tiempo con usted y los dos pequeños! También, todo tuvo un desenlace tan rápido. Siempre fue tan delgada y delicada, que nunca veo a su hijita, la buena y pequeña Elsita, sin que me preocupe porque no la hagan trabajar demasiado... ¡Bien se ve que no le da la salud para aguantar mucho!

-Razón no le falta, señora -asintió Heiri-; la niña es muy delgada y delicada; pero en lo demás sale más bien a mí, no es de mucha agilidad, sino más bien reflexiva. El muchacho sí que es como Grittli, que Dios la tenga en su gloria, pues siempre tiene algún proyecto en la cabeza y no sabe estar sentado mucho tiempo. Sufre si los más pequeños no andan demasiado limpios, y dice que a los tres habría que ponerlos bajo la canilla de la fuente. pues, en esto es el calco de Grittli, que en paz descansa; no puede ver desorden ni suciedad. Pero entonces los pequeños arman una batahola y gritan hasta que acude la madre, y las cosas empeoran, de manera que casi nunca vuelvo a casa por la noche sin que Margarita me diga que debo dar una paliza al mayor por molestar a los pequeños y tenerla al trote a ella, que ni puede con el trabajo. Pero cuando lo tengo delante mío al muchacho, y él me mira a los ojos, igualito como lo hacía Grittli, no soy capaz de pegarle; entonces Margarita se enfurece conmigo. y discutimos, aunque tampoco la quiero emprender con ella, porque es buena mujer y hacendosa como pocas. He pensado ya, señora doctora, si no sería bueno que le hablara usted sobre eso de educar a los niños a bofetones. Muy agradecido le quedaría yo, y se me ocurre que a usted le hará caso antes que al marido. Usted también tiene que educar a muchachos y sabe lo que hace falta en estos casos. ¿No le diría usted una palabrita cuando ella acierte a pasar por aquí?

-Con mucho gusto lo haré, Heiri, pierda usted cuidado. Pero, ¿cómo van las cosas con Elsita? ¿Se lleva bien con la madre?

-Verá usted -dijo Heiri, acercándose aún más al seto para ser oído mejor-. La niña sale a mí, vale decir que cede fácilmente y no se empecina en hacer su propia voluntad como lo hacía Grittli; cumple puntualmente todo cuanto le manda Margarita, no la contradice en nada ni se queja, y eso que, desde que vuelve de la escuela hasta que se va a la cama debe ayudar en todo, cuidar de



los muchachos y llevar en brazos al más chiquito.

-Que no carguen la mano demasiado, Heiri -exhortó preocupada la doctora-, que temo por esa niña. Mande pronto a Margarita por acá que le quiero hablar también sobre esto; puede decirle que tengo algunos vestidos para darle que a los míos les quedan chicos.

-Lo haré con mucho gusto, señora, y ahora ya es tiempo de que marche. Que pase bien la noche, señora, perdone la molestia, y deseo que el huerto siga bien.

-¡Gracias, Heiri, y buenas noches! -Se despidieron con otro apretón de manos, y Heiri siguió por su camino.

La señora doctora permaneció meditabunda entre los canteros, pero sus pensamientos ya no se ocupaban de las plantitas.. La conversación con Heiri había despertado en su alma recuerdos de días pasados. Veía una radiante caza de niña con grandes ojos pardos y admiraba dos hábiles manos que adornaban el vestido y el peinado con norme-olvidos. ¡Qué bien sabía lucirlo!

La niña era Grittli, sentada a su lado junto al arroyo donde ambas habían recogido grandes ramos de las flores azules. Grittli era hija de gente pobre, pero era bien parecida, extraordinariamente limpia y estaba peinada a la perfección. Siempre llevaba un moño y una flor como si estuviese de camino para una fiesta, por sencillos que fuesen sus vestidos. Muchos la reprendieron por esto, mientras otros se reían de ella, pero no por esto cambiaban las cosas. Grittli sentía una profunda necesidad de rodearse de belleza, y dijera lo que dijera la gente, no dejaba de adornarse con una flor o una cinta, cual si viniera de la casa de un artista que estuviese pintando un retrato suyo. A los dieciocho años se casó con el bueno de Heiri, que siempre la había amado y le había dicho que sabría trabajar para los dos con tal de que quisiera ser su mujer. Pero no habían pasado cinco años cuando Grittli ya se estaba marchitando por la tisis. Sus dos hijos, Estéfano, llamado Fani, de cuatro años y Elsita de tres, habían sido educados por la joven madre en medio de tanta limpieza y pulcritud que esta costumbre había quedado hondamente arraigada en ambos. Pero Heiri necesitaba para sus hijos otra madre, y la gente le decía que la más indicada sería Margarita, que le ayudaría bien en todos los trabajos. De esta manera, Margarita se convirtió en su segunda esposa y fue trabajadora y hacendosa; pero de adornos y flores no entendía nada, y la limpieza exagerada le parecía innecesaria y una pérdida de tiempo. La casa de Heiri adquirió un aspecto distinto, los tres niños y el pequeño en la cuna tenían otra apariencia que la de Fani y Elsita cuando eran chicos, si bien éstos conservaban la costumbre de su madre.

Mientras la doctora seguía sumergida en estos pensamientos, la asustó una terrible gritería que llegaba desde la casa. Pronto apareció Ricli, de ocho años, quien gritando a voz en cuello se abalanzó hacia ella, perseguida por su hermano Fred que llevaba un libro grande bajo el brazo izquierdo, mientras levantaba el puño derecho en dirección a su hermana que corría.

-Vamos, Rieli. ¿Qué manera de gritar es ésa? -preguntó la madre-. A ver

si vuelves en ti; ¿qué ha sucedido?

Rieli seguía berreando y escondía su cabeza en el regazo de la madre. Fred llegó a la carrera:

-Fíjate, mamá, esta tontuela mete tanto barullo porque he cazado esta preciosa ranita y se la mostré para que pudiese admirarla; ahora vas a ver de qué interesante ejemplar se trata. ¡Mira, mira! -Y Fred le enseñó la mano abierta donde se agitaba una rana.

-Rieli, ahora basta, quédate tranquila -ordenó la madre a la niña-, y tú, Fred, sabes muy bien que ella tiene mucho miedo a los animales que sueles coleccionar. ¿Por qué, entonces, se los tienes que poner debajo de la nariz?

-Estaba sólo conmigo al principio -se disculpaba Fred-, pero ahora escucha la descripción, mamá.

Fred había abierto su libro y releó:

-La rana verde o rana acuática, esculenta, tiene hasta tres pulgadas de largo; su color es verde de césped con manchas negras. Los ojos reflejan un brillo dorado, los dedos de las patas traseras se hallan servidos por una membrana interdigital o natatoria. Su voz que se hace oír preferentemente en las calurosas noches del verano dice: Brequequex. El invierno lo pasa en el barro. Se alimenta de...

En este momento se detuvo un coche delante de la casa.

-¡Es la señora con la niña enferma; ahora me debes dejar, Fred! -dijo la madre, apartando apresuradamente a Fred que le cerraba el camino. Mas él corrió tras ella:

-Pero, mamá, escucha, si todavía no sabes de qué se alimenta; se alimenta de...

Pero ahora acudió Juan desde el establo, y de la cocina vino corriendo Catalina con un delantal limpio y blanco, pues ya le habían avisado que en cuanto llegase un coche debería salir para subir a una niña enferma por las escaleras. Fred y Rieli habían retrocedido y se quedaren quietos junto al seto, a la espera de los acontecimientos. La primera en salir del coche fue una señora que hizo una señal a Catalina, la cual levantó en brazos a una figura tierna, blanca y casi transparente que llevó a la casa. Las dos mujeres le siguieron.

-Esta niña es mucho mayor que tú -explicaba Fred, ahora, a su hermana Rieli-, aunque mamá creía que no tendría más de ocho o nueve años. Ésta será una buena amiga para Emi. Además, no está para gritos como los que tú sueles armar.

-Sí, sí, pero tampoco lleva siempre ranas, arañas y orugas en los bolsillos como tú -se defendió Rieli, y pensaba añadir otros argumentos de peso para justificar sus gritos, cuando Fred abrió la mano para ver cómo le iba a la rana, la cual juzgó que ésta era su oportunidad y se escapó saltando hacia Rieli. La niña, gritando, corrió hacia la entrada de la casa, pero no llegó muy lejos porque Catalina se abalanzó sobre ella con un imperioso: ¡Ssshh! ¡Sssshhh!

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

